

«Todo el que tiene necesidad—escribió Terray al intendente de París—tiene un derecho positivo á ellos, presentándose al trabajo y poniéndose en condiciones de participar de los salarios que son del trabajo justa recompensa.» El gobierno, las ciudades y los particulares proporcionan fondos de caridad, que á veces son considerables: un intendente de Chalóns dispone de ciento cincuenta mil libras, de las que el Tesoro ha dado cien mil y el resto varios particulares; y el Tesoro gasta en total para los talleres, en 1779, la cantidad de un millón novecientas once mil treinta y cinco libras. Los principales trabajos son los terraplenes de las carreteras, «en los que se emplean los dos sexos y todas las edades.» A esta mano de obra debióse principalmente, en tiempo de Luis XVI, la construcción de caminos tan excelentes, habiendo esta caridad bien ordenada reportado grandes beneficios á la viabilidad. El intendente de Alenzón decía al inaugurarse su asamblea provincial:

«No siempre ha sido la mayor utilidad de los caminos que debían repararse lo que ha determinado la distribución que he hecho de los fondos (de caridad); á menudo he consultado solamente la miseria de una provincia; era menester que de ellos vivieron los pobres y yo les facilité el medio de lograrlo por el trabajo (1).»

Pero el número de los que no tenían trabajo era demasiado grande para que á todos se les pudiera dar ocupación en los talleres de caridad, aun en el caso de que hubiesen querido ingresar en ellos, cosa en que no pensaba la mayoría, que prefería la vida errante. Aquellas gentes, como hemos visto, constituían una plaga para las ciudades y los campos, sin que de nada sirvieran las continuadas medidas contra la vagancia. La Asamblea de la Isla de Francia se lamentaba de ello: «A pesar de las precauciones adoptadas hasta el presente, el número de mendigos que recorren las ciudades y los campos espanta á la imaginación menos sensible.» Desde hacía tiempo, encerrábase á aquellos miserables en los hospitales generales; pero en vista de que los llenaban, el gobierno se decidió á crear «depósitos de mendicidad,» y después de haberlos ensayado en algunas ciudades, un decreto del Consejo, de octubre de 1767, los estableció en toda Francia. La tropa de policía encerraba en ellos á los mendigos de los que el rey había resuelto «purgar su reino;» el número de reclusos fué enorme y el régimen muy duro. Protestó la opinión y Turgot, en 1775, suprimió los depósitos, exceptuando cinco, en los que fueron guardados los mendigos peligrosos. El deseo del ministro hubiera sido organizar la beneficencia por parroquias, que era una de las cosas que más le preocupaban; pero se vió obligado á abrir nuevamente once depósitos y su sucesor Cluny los restableció todos. Un reglamento de 1785 determina las categorías de individuos que han de ser admitidos en ellos: vagabundos condenados por sentencia del preboste; mendigos detenidos en virtud de ordenanzas de los prebostes de la tropa de policía; mujeres de vida airada, locos y libertinos. Esta mezcla

(1) Los talleres de caridad distribuían también trabajos de hilado á las mujeres, á los viejos y á los niños. En Ruán, un comité, organizado en 1768, reune, mediante suscripciones y empréstitos, cuatrocientas cincuenta mil libras y reparte algodón á los pobres que lo devuelven hilado.

extraordinaria de detenidos constituía una ofensa á la opinión pública, y las asambleas, que tantas reformas habían solicitado, habrían querido que los depósitos fueran tan sólo para los mendigos y que se probase de regenerar á éstos por el trabajo; pero como había en el reino demasiadas gentes á quienes encerrar, los depósitos subsistieron.

Según una fórmula de Nécker, la sociedad debía «á los válidos el trabajo y á los inválidos los hospitales.» Ya hemos visto los esfuerzos de algunos filántropos (2) para mejorar los hospitales y los *hôtels-Dieu* (3); pero estas casas tenían á menudo por administradores personajes demasiado ilustres que con frecuencia descuidaban el cargo y su servicio médico estaba á menudo mal organizado. Los informes de la Academia de Ciencias y del Comité de mendicidad de la Asamblea constituyente describen cosas desgarradoras: las veinticinco salas del *Hôtel-Dieu* de París carecen de aire y de luz; en los subterráneos hay instalados mataderos y fundiciones de sebo y la mayoría de las mil setenta y siete camas están ocupadas por varios enfermos. En la Salpêtrière, todas las mujeres tienen sarna, «la dan y vuelven á adquirir de continuo sin curarse jamás.» En Bicetre, según refiere Mercier, la sala de San Francisco «por su hedor sofocaba al visitante más caritativo y más intrépido,» y en otra sala, «en donde quinientos ó seiscientos hombres confundidos se infectaban mutuamente sus alientos y sus vicios y en donde la sorda desesperación agriaba de continuo caracteres furiosos, no se podía entrar, para llevarles alimentos, sino con bayoneta calada.» En aquellos establecimientos había motines de enfermos.

Aquel terrible régimen provocó un movimiento de opinión, y cuando la Academia de Chalóns abrió en 1777 un concurso sobre los mejores medios de remediar el pauperismo, la mayoría de los que á él acudieron solicitaron la substitución de los hospitales por la beneficencia domiciliaria, la concesión de pensiones á los pobres vergonzantes, la hospitalización de los ancianos en los monasterios y la de los expósitos del campo en vaquerías y de las ciudades en lecherías. Todos los recursos de la beneficencia habrían de ser centralizados y comprenderían las rentas de los hospitales suprimidos, las limosnas, las cuestaciones y el producto de un impuesto general y proporcional que pagarían los cultivadores y los colonos acomodados de las parroquias. La idea de la beneficencia domiciliaria se abrió paso, Dupont de Nemours, en sus *Idées pour les secours à donner aux pauvres malades dans une grande ville* (*Idées relativas á los socorros que deben darse á los pobres enfermos en una gran ciudad*), escribía:

«Cada vez que al socorrer á los pobres enfermos puede evitárseles el cansancio del transporte, el desconsuelo de las separaciones, el espanto que infunde el ingreso en un gran establecimiento público en donde no conocen á nadie y que forzosamente han de considerar como el templo de la muerte, se empieza un gran acto de caridad.»

(2) Véase anteriormente, págs. 230 y 268.

(3) El hospital era, en principio, un establecimiento destinado á recibir pobres y á tratarlos por caridad; en ellos había talleres de trabajo y se encerraba también á viejos indigentes, á valetudinarios. Los *hôtels-Dieu* eran para enfermos. Pero en el lenguaje corriente al *hôtel-Dieu* se le donominaba hospita'.

Pero este poderoso remedio era inaplicable y lo es aún hoy en día. De todos modos, se procuró descentralizar los servicios hospitalarios. La Academia de Ciencias pide en 1761 que el inmenso *Hôtel-Dieu* sea reemplazado por cuatro hospitales, y en 1789 fúndanse en París algunos hospitales de barrio, en los que los enfermos sentíanse más cerca de sus familias y recibían á amigos. En aquel entonces había en París cuarenta y ocho hospitales ó casas de caridad que cuidaban anualmente á seis mil doscientos enfermos, catorce mil ancianos ó valetudinarios y quince mil expósitos.

Una de las pruebas más tristes de la miseria es el gran número de niños abandonados. Como sólo en las grandes ciudades había «asilos,» á éstos eran llevados los expósitos; así, de los treinta y dos mil doscientos veintidós niños que entraron en el hospital de los Expósitos de París, diez mil sesenta y ocho procedían de las provincias. En 1772, el contralor general Terray recordó á los intendentes que, según los reglamentos antiguos, las parroquias y los señores que ejercían la justicia mayor habían de recoger á los expósitos; á lo que el intendente de Alenzón contestó que, como á las parroquias no les gustaba imponerse tributos para mantener á niños de esta especie, «querrían buscar á la madre para obligarla á cuidar á su hijo y las muchachas desgraciadas, temerosas de que su falta fuese descubierta, preferirían dar á sus hijos la muerte.» De suerte que, á pesar de los esfuerzos del gobierno, continuaron afluyendo expósitos á las grandes ciudades y sobre todo á París. Los señores de justicia mayor eran los que hacían transportar á los niños, muchos de los cuales morían por el camino, pues los medios de transporte eran bárbaros. En un decreto del Consejo, de enero de 1779, se dice:

«Su Majestad se ha enterado de que todos los años vienen á la Casa de Expósitos de París más de dos mil niños nacidos en provincias muy apartadas de la capital... Los niños son entregados, sin precaución alguna y en todas las estaciones, á trajineros públicos, distraídos por otros intereses y obligados á estar mucho tiempo en camino; de suerte que esas desdichadas víctimas de la insensibilidad de sus padres sufren de tal modo con semejante transporte, que las nueve décimas partes de ellas perecen antes de la edad de tres meses.»

A menudo los niños eran transportados á París por el «meneur,» tipo que Mercier, en el *Tableau de París* (*Cuadro de París*), describe en los siguientes términos:

«Es un hombre que lleva á los recién nacidos á la espalda, en una caja acolchada que puede contener tres; los niños están de pie, metidos en sus pañales y respirando el aire por arriba. El hombre sólo se detiene para comer y dar á las criaturas un poco de leche, y muchas veces, cuando abre su caja, encuentra una muerta, continuando entonces su viaje con las otras dos, impaciente por desembarazarse de aquel depósito.»

Llegados á la Casa de Expósitos, los niños permanecían «á veces semanas y meses enteros sin nodrizas, reunidos en gran número en una misma sala, y entre ellos hacía estragos el afta.

Confiados al fin á nodrizas, que á duras penas encontraba el hospital en número suficiente, los niños eran llevados al campo, porque á causa de la mala hi-

giene de los hospitales de París, habíase renunciado á la lactancia en el establecimiento benéfico. Allí permanecían las criaturas hasta los seis años y aun se quiso que estuvieran más tiempo, poniéndolos en casa de labradores que recibían una indemnización, según la edad de los niños y que estaban exentos de la milicia; pero las religiosas del hospital querían recobrar sus pupilos. En 1790, dice el Comité de mendicidad:

«Las hermanas tendían á reintegrar á sus casas todo lo que podía aumentar su autoridad y extender su administración; por esto los pocos niños que sobrevivían eran muy pronto arrebatados al servicio de los campos. Conservándolos en ellos, hubiera podido asegurárseles costumbres puras y una constitución robusta y sana; pero no se sabe qué preocupación, que les hacía creer que bajo su vigilancia se instruirían mejor en los principios de la religión, inducía á los administradores á amontonarlos en los hospitales, en donde, desfallcidos, no tardaban en ser presa de toda clase de depravaciones y enfermedades.»

Muchos niños continuaron, pues, regresando á París; las niñas estaban en la Salpêtrière, en donde aprendían á tejer, y á los niños, en la Piedad, se les enseñaba á tejer y á cardar. Levantábanse á las seis y media y se acostaban á las siete y media ó á las ocho, repartiendo el tiempo entre los ejercicios de piedad y el trabajo. A la edad de veinticinco años los asilados eran libres, y aunque se hicieron varias tentativas para emplearlos á la salida del asilo, bien alistándolos en la marina real ó en la milicia, bien enviándolos á poblar la Luisiana, la *Enciclopedia metódica* protestó contra tales proyectos, diciendo que no se puede disponer de «ciudadanos... como de rebaños de carneros ó de criminales á quienes se impone la pena de deportación.»

A pesar de todas las medidas adoptadas, la mortalidad de los niños era espantosa: el duque de La Rochefoucauld-Liancourt ha calculado que de ciento un mil expósitos recibidos en París durante diez y seis años, sólo sobrevivieron quince mil sesenta; y la Sociedad de agricultura de París estima, en 1790, que de cien expósitos las dos terceras partes mueren en el primer año de su existencia, que al cabo de siete años no quedan más que catorce, y que sólo cinco llegan á la edad viril (1).

Los filántropos del tiempo de Luis XVI felicitaron del remedio aportado á grandes dolencias. El abate de l'Épée, si no inventó, propagó y perfeccionó el método de enseñanza de los sordo-mudos, y un decreto del Consejo, de noviembre de 1778, le cedió una parte de los edificios del antiguo convento de los Celestinos para que instalase en ellos un establecimiento que, á partir de 1785, fué «hospicio permanente de educación y de enseñanza» para los sordo mudos y recibió

(1) El resultado más evidente de los esfuerzos realizados para socorrer á los niños abandonados fué multiplicar el número de éstos; así como en el siglo xviii el hospital de los Expósitos de París sólo recibía trescientos niños, por término medio, al año, recibió por término medio tres mil trescientos en el decenio de 1740 á 1749 y cinco mil setecientos en el de 1780 á 1789. La causa de este aumento es que á los niños nacidos fuera de matrimonio se han añadido muchos hijos legítimos; así, el decreto del Consejo, de enero de 1779, hace constar que la mayoría de expósitos proceden de «vínculos legítimos,» pues los depósitos favorecen «la indiferencia criminal de los padres.»

una dotación anual de tres mil cuatrocientas libras. En 1784, el abate Hauy inventó los caracteres en relieve que permitieron enseñar la lectura a los jóvenes ciegos, habiendo tenido un éxito completo el ensayo que se hizo con una docena de niños. La «Casa filantrópica» organizó entonces, en la calle de Nôtre Dame-des-Victoires, un establecimiento en donde, en 1787, había reunidos sesenta alumnos. Del establecimiento del abate Hauy se hará cargo el Estado en 1791 y el del abate de l'Epée será continuado y ampliado por la Asamblea constituyente.

De manera que las últimas generaciones del antiguo régimen comprendieron, amaron y practicaron el deber de beneficencia que los particulares y el gobierno se dedicaron a cumplir. El gobierno, aun estando como estaba tan abrumado de deudas, concedió una parte considerable en el capítulo de gastos a la beneficencia pública: en 1789 gastó un millón quinientas cuarenta y nueve mil doscientas treinta y dos libras para los hospitales, cuatrocientas diez y siete mil seiscientos

ochenta y seis para los *hôtels-Dieu*; novecientos cincuenta y nueve mil setecientos noventa y dos para el hospital de Expósitos, ciento un mil ciento ochenta y ocho para las casas de caridad, un millón novecientas once mil treinta y cinco para los talleres de caridad, un millón ciento cuarenta y cuatro mil cuarenta y tres para los depósitos de mendicidad y seiscientos siete mil ochenta y dos para socorros particulares y gastos diversos, ó sea en total seis millones seiscientos noventa mil seiscientos cincuenta y ocho libras. Era muy poco ciertamente y, por otra parte, las sociedades de caridad, por muy generosas que fuesen, no pudieron sino atenuar muy ligeramente los males de tantos miserables, habiendo quedado los efectos muy por debajo de las intenciones; pero las intenciones fueron generosas y claramente expresadas. Todos los sistemas de beneficencia habían sido estudiados por Turgot, por Nécker y por los Enciclopedistas; la doctrina que en estas materias profesarán las Constituyentes había sido determinada antes de la Revolución.

LIBRO CUARTO

LA VIDA INTELECTUAL

CAPÍTULO PRIMERO

LAS LETRAS (I) Y LAS ARTES

I. Las letras. — II. Las artes

I. — Las letras

En la vida intelectual, como en la vida económica, fué grande la actividad á fines del siglo XVIII. Los principales fenómenos que en ella encontramos son: el aumento indefinido de la curiosidad, que se fijó á la vez en los tiempos antiguos y en los modernos, en los países clásicos y en los otros países, lo que explica la doble tendencia, visible en las artes y en las letras, de la vuelta á lo antiguo y de la aplicación á temas modernos, la fe creciente en el progreso, en los beneficios de los conocimientos y en la eficacia de la historia y de la filosofía para hacer comprender al hombre los problemas religiosos y morales, y de la ciencia para revelar la naturaleza y aumentar su poder sobre ella; y una orientación general hacia la aplicación de las ideas y de los conocimientos adquiridos á la vida práctica y á la vida moral.

No es de extrañar que, dada esta disposición general de los espíritus, la poesía, es decir, la poesía en

(1) FUENTES. *Œuvres* de Gilbert, pub. por Mastrella, París, 1823; de Andrés Chenier, pub. por Becq de Fouquieres, París, 1872, 2 vol.; de Bernardino de Saint-Pierre, París, 1833, 2 vol., con su *Correspondance*, París, 1826, 4 vol.; de Chamfort, pub. por Auguis, París, 1824, 5 vol.; de Beaumarchais, París, 1809, 7 vol. — Las *Mémoires* de la señora de Oberkirch, de Garat, de la señora de Genlis, de des Cars; el *Journal* de Corberón; las *Correspondances* de Voltaire y de Buffón, ya citadas. *L'Observateur anglais*, suplemento, t. I y II. *Letras de Gustavo III á la condesa de Boufflers et de la condesa au Roi*, Burdeos, 1900.

OBRAS DE CONSULTA. Lansón, *Histoire de la littérature française*, 11.ª ed. París, 1909. El tomo V de la *Histoire de la littérature française*, pub. bajo la dirección de Petit de Julleville, París, 1899 (con bibliografía). Brunetiere, *Etudes critiques*, 2.ª serie; *Manuel d'histoire de la littérature française*, París, 1902. Bersot, *Etudes sur le XVIII^e siècle*, París, 1847. Faguet, *XVIII^e siècle*, París, 1890. Du Bled, *La société française*, París, 1898-1907, 5 vol. Roustán, *Les Philosophes et la société française au XVIII^e siècle*, Lyon y París, 1906. L. Bertrand, *La fin du classicisme et le retour à l'antique*, París, 1898. De Lomenie, *Les Mirabeau*, París, 1878, 2 vol.; Id. *Beaumarchais et son temps*, París, 1856, 2 vol. Potez, *L'élégie en France avant le romantisme*, París, 1898. Gailfe, *Etude sur le drame en France au XVIII^e siècle*, París, 1910. Hallays, *Beaumarchais*, París, 1897. Arvede Barine, *Bernardin de Saint-Pierre*, París, 1891.

Jullien, *La comédie et la galanterie au XVIII^e siècle*, París, 1879. Campardón, *Les comédiens du Roi et la troupe française pendant les deux derniers siècles*, París, 1879. Delorme, *Le musée de la Comédie-Française au XVIII^e siècle*, París, 1878.

TOMO IV. — II

verso representase un papel poco lucido. Parece, en efecto, que está acabando de morir y únicamente Gilbert (2) encontró acentos de verdadera emoción en su oda *Les adieux á la vie* (*El adiós á la vida*) en la que protestó contra el espíritu secante de los filósofos, contra

... ese pesado Diderot, doctor en estilo duro, que á fuerza de ser obscuro pasa por sublime, y ese frfo d'Alembert, conciller del Parnaso que se cree un grande hombre y escribió un prefacio.

Se refiere al prefacio de la *Enciclopedia*.

Collé, Dorat, Parny y el caballero de Boufflers continúan el género de los versos amables y galantes, de los epigramas delicados ó groseros, arte fácil, sensual y encantador; y esos poetas de taberna, de tocador y de salón se remontan á veces á un ligero impulso de sus alas. Pero los géneros nobles viven miserablemente. Ecouchard-Lebrún, á quien se llamaba Lebrún-Pindaro, imitador de Juan Bautista Rousseau, pindariza torpemente; Saint-Lambert canta las *Estaciones*, Boucher los *Meses* y el abate Delille los *Jardines* en poemas didácticos, en los que en vano se buscaría el sentimiento de la naturaleza, cosa tanto más extraña cuanto que Rousseau está penetrado de él enteramente y que Buffón refiere, con respeto casi religioso, la historia de las transformaciones del mundo físico, á pesar de ser ambos prosistas. Diríase que en aquel tiempo existía un desacuerdo entre la poesía y la naturaleza.

Y sin embargo, el final del siglo tuvo su poeta, un poeta imprevisto, que fué revelado á sí mismo por el renacimiento helénico. Varios artistas y literatos descubrieron la Grecia al través del pálido reflejo de la literatura y del arte latinos. Leroy había publicado las *Ruinas des plus beaux monuments de la Grèce* (*Ruinas de los más bellos monumentos de Grecia*), desde 1758 á 1770, y en Oriente se sucedían los viajeros: el conde de Caylús publicó, desde 1752 á 1767, su *Récueil d'antiquités égyptiennes, étrusques et grecques* (*Colección de antigüedades egipcias, etruscas y griegas*), y en 1757 los *Tableaux tirés de l'Illiade* (*Cuadros sacados de la Ilíada*); Choiseul Gouffier, que visitó Grecia en 1776, era tan ardiente filheleno que durante su embajada en Constantinopla los prusianos y los ingleses, para destruir la consideración que la Puerta le dispensaba, «supieron aprovechar perfectamente los puntos vulnerables que sus obras contenían;» Guy dió al público, en 1771, su *Voyage littéraire en Grèce* (*Viaje literario á Grecia*); y Brumoy estudiaba los trágicos griegos. El abate Barthelemy, miembro

(2) Nacido en 1751, fallecido en 1780.